

heroico arrojo, las tropas francesas sintieron reanimado su entusiasmo y se arrojaron sobre el enemigo, que, hora y media después de haber acudido Juana, desalojó el puente y el fuerte de las Torrecillas.

Juana pasó el puente seguida de una parte de su ejército al són de las campanas de Orleans y entre el ruido de universales y entusiastas aclamaciones; al amanecer del siguiente día, se adelantó el campamento francés con sus tiendas y sus víveres, dejando en pos todo el terreno conquistado.

Desde aquel día memorable, Carlos VII fué verdaderamente rey de Francia: la herida que Juana recibió en la garganta fué la puerta por donde los ingleses abandonaron el reino de San Luis.

### XIII.

Tres días después, el Delfin tenía reunido su Consejo en Chinón y ocupaba un magnífico sillón dorado bajo un dosel de terciopelo, en el cual estaban bordadas las lises de Francia.

Engreído ya con las victorias, que habían ganado el heroísmo y la prudencia de Juana, su fisonomía había tomado una expresión dominante y cruel.

Cobarde por naturaleza, no había abandonado

un solo día la capital del Delfinado, ni sabía de las proezas de su ejército más que aquello que los emisarios de Juana iban á comunicarle de parte de la doncella.

En vano la noble María de Anjou le había aconsejado que se disfrazase y pasase acompañado de algunos señores que le eran adictos al campo francés para enterarse por sí mismo del estado de los negocios. Carlos le contestaba siempre que le dejase en paz, pues que ya sabía demasiado lo que le convenía hacer.

María calló, en efecto; no ignoraba que su esposo sostenía entonces relaciones amorosas con la marquesa de Penthièvre, á quien había regalado un hermoso castillo propio de la corona de Francia y situado en las cercanías de Chinón.

La marquesa no era hermosa ni aun linda; Carlos no cedía, al amarla, á una de esas misteriosas simpatías del alma que es en vano tratar de dominar; sin embargo, era tan fuerte el lazo que los unía que, excepto los amores de Inés Sorel, ningún otro embargó durante tanto tiempo al voluble Carlos VII; pero aquel vergonzoso lazo, que ni tenía por base las bellas cualidades del alma, ni estaba excusado por la fuerza de una gran pasión, era casi despreciado por la Delfina, cuya alma era tan noble y esforzada como baja y ruin la de su marido.

El Delfin estaba, como ya he dicho, sentado en

un sillón; llevaba una túnica de seda carmesí con arabescos de oro, y una de aquellas hermosas tocas de terciopelo, coronada de una pluma, que daban un continente casi real á la frente que las ceñía.

Carlos había heredado la rica cabellera de color castaño de su padre, que caía en copiosos y elásticos bucles sobre sus hombros, la hermosa frente y la bellísima boca de su madre Isabel; y todas estas ventajas, eclipsadas por lo regular por el cansancio de las orgías y por la furia de sus contrariadas pasiones, lucían aquel día animadas por los destellos de la ambición y por la alegría que le causaban los triunfos de su ejército.

Era el Delfín tan superficial, que se había llevado á la Asamblea un gerifalte de los que usaba para la caza; y en tanto que mecía con impaciencia sus pequeños pies, verdaderamente regios por su estructura, hacía volar al pájaro por encima de su cabeza y le aparaba en el puño, desde el cual volvía á soltarle el vuelo.

—¡Por San Carlos, que yo me voy cansando de esperar!—dijo un anciano consejero á su vecino en voz baja, pero que revelaba un profundo enojo.

—Y yo también—repuso aquél en el mismo diapasón.

—¡Este rey niño me acaba la paciencia!—añadió el anciano, echando sobre el Delfín una mirada desdeñosa.

—Messire de Luynes—dijo el Príncipe en aquel

momento, volviéndose á su izquierda y sin dejar de jugar con el gerifalte.

—Señor—contestó el consejero, poniéndose en pie con respeto.

—¿Sabéis lo que estoy pensando?

—No puedo adivinar, si V. A. no se digna...

—Sois un torpe, messire—interrumpió Carlos;—nada adivináis. Estaba pensando en que de poco le sirvió á mi padre el haberme quitado la corona de Francia por el tratado de Troyes.

El Delfín acabó la frase con una carcajada que heló la sangre en las venas de todos los presentes.

Aquel modo de hablar de un padre demente, pero noble, generoso y desgraciado, hizo erizar los cabellos á los que les latía el corazón en el pecho, y guardar silencio aun á los más desalmados.

—Digo que de poco le sirvió—continuó el Delfín—porque ahora esa villana me la está conquistando.

Y echó á volar el gerifalte.

—Señor—dijo el anciano consejero, que poco antes se impacientaba;—es verdad que es una villana esa joven; pero creo que bien merece ya un título de nobleza.

—¡Toma! ¡toma! ¿Me ha coronado ya, como prometió?—preguntó Carlos, echando sobre el anciano una oblicua mirada.

—Señor, aun no lo ha hecho—dijo éste;—pero su valor...

—¡Su valor será sin duda lo que le dé atrevimiento para hacerme esperar!—exclamó el Delfín, cuyas mejillas se tiñeron del carmín del enojo;—y os aseguro, messire—añadió—que si tarda un cuarto de hora más no la recibo.

Por dicha se oyó en aquel instante el rumor de varios caballos que se detenían á la puerta del palacio, y un momento después anunció un paje, levantando la cortina de terciopelo flordelisado de oro:

—¡Juana d'Arc!

Apartóse luego, y sostuvo la cortina para que pasase la doncella con su acompañamiento.

Juana dobló la rodilla ante Carlos VII, y los caballeros que la seguían se quedaron algo detrás.

Quitóse el casco y, con la cabeza inclinada, esperó á que el Delfín le hablase, según el ceremonial de la corte de Francia.

El príncipe contempló con admiración á aquella hermosa criatura postrada á sus plantas.

Los hermosos cabellos negros de Juana, cayendo en largos rizos, sombreaban sus mejillas, y se extendían como una cascada de ébano por su espalda.

Bajo su noble frente, cortada por dos suaves arcos de negra seda, brillaban dos ojos negros y rasgados, incomparables por su belleza y su elocuente dulzura; sus anchos párpados, guarnecidos por la franja sedosa y negra de sus pestañas, velaban el

fuego de sus mirada y daban á su fisonomía una sublime expresión.

Su boca, de acarminados labios; su nariz perfecta, el puro dibujo de sus mejillas, pálidas aun por efecto de su herida, y su flexible y esbelta talla, hacían de Juana un conjunto tan seductor, que todos la miraban con asombro.

—¿Qué quieres?—preguntó tras una breve pausa el Delfín, con una voz en que, quizá por la primera vez de su vida, se pintaba alguna emoción.

Juana levantó hacia el príncipe su dulce mirada; pero al ver aquel semblante ligeramente rosado, aquellos brillantes ojos y aquella frente sobre la cual se mecía una pluma blanca, lanzó un grito y llevó la mano al corazón.

—¿Qué eso? ¿qué tienes?—preguntó el Delfín.

Pero Juana no respondió á ninguna de estas preguntas.

—¡Es él!... ¡es él!...—repitió mirando al Delfín con desencajados ojos; y por un movimiento rápido llevó la mano á su pecho para buscar el medallón que contenía el retrato de Carlos, y que no se acordaba ya de haber entregado á su hermano.

Durante un momento permaneció con la cabeza doblada sobre el pecho; luego volvió á levantarla, y murmuró:

—¡Olvidemos!... ¡sí, olvidemos ese sueño culpable!...

Después alzó la mirada y añadió en alta voz:

—Vengo, señor, á rogar á V. A. que me siga á Reims, donde va á ser coronado.

—¿Eso es lo que querías decirme?—preguntó el Delfín.

—Sí, monseñor—contestó la doncella, cuya voz temblaba todavía á impulsos de la emoción que había experimentado.

—Tú estás loca, niña—repuso el Delfín—y ya lo había yo conocido desde el momento en que entraste: ¿quieres acaso que atravesese ochenta leguas ocupadas por los ingleses?

—Tengo un ejército, monseñor—dijo Juana, ruborizándose por las palabras del rey—y tengo—añadió—mi espada, que abrirá paso á V. A.

—¡Te digo que estás loca!—repitió Carlos:—y ahora conozco de dónde nacen tus visiones; no puedo hacer lo que me pides.

—¡Oh, monseñor!...

—No me moveré de aquí—prosiguió el Delfín—hasta que no hayáis tomado todas las plazas que hay en el camino en poder de los ingleses.

—¿Es esa la última resolución de V. A., monseñor?—preguntó Juana desconsolada;—ved que la menor duda puede comprometer nuestra causa, y que vuestra real presencia obraría maravillas en el ánimo de los soldados. ¡Por piedad, monseñor, piense V. A. en la suerte de su reino!

—Todo lo que pienso hacer—repuso el Delfín tras un rato de meditación;—todo lo que pienso

hacer es salir esta noche para Gien, á condición de que me sigan 12.000 hombres.

—¡Esa es casi toda la fuerza de que dispongo, monseñor!—exclamó la doncella con melancolía;—apenas me quedará un puñado de valientes con quienes seguir la reconquista de Francia; pero... ¡no importa!—añadió levantando la cabeza con orgullosa alegría;—no importa: V. A. saldrá esta noche con la fuerza que haya en Chinón, y mañana por la noche se le reunirán los 12.000 hombres.

—Está dicho—contestó el Delfín;—esta noche salgo para Gien. Despejad todos.

#### XIV.

Carlos VII cumplió su palabra.

Aquella noche salió de Chinón y tomó el camino de Gien.

Juana cumplió también la suya; al día siguiente se reunió al rey con todo su ejército, pues no contando más que con aquella fuerza, no pudo reservarse ninguna.

A largas jornadas llegaron al frente de Axerre, cuya ciudad se mantuvo neutral mediante una transacción pecuniaria.

Allí quería detenerse de nuevo el Delfín; pero Juana le hizo ver la poca seguridad que ofrecía

una ciudad sometida por dinero, y continuaron su camino hacia Troyes.

No quiero molestaros, lectores míos, con la relación de repetidos hechos de armas, durante el tiempo que la heroína de Orleans fué arrancando plaza por plaza y ciudad por ciudad á toda la Francia del poder de los ingleses; sería empresa muy larga, y los pormenores de las batallas son siempre dolorosos para ser muy repetidos.

Rindióse Troyes y rindióse también Chalons, jurando obediencia y fidelidad á Carlos VII, quien hizo su entrada en Reims el 16 de Julio de 1429, y al día siguiente fué consagrado y coronado por Reinardo de Chartres, arzobispo de la ciudad y gran canciller de Francia.

Terminada la augusta ceremonia y antes de que Carlos descendiese de su trono, Juana atravesó la iglesia, se postró á sus pies y le dijo derramando lágrimas de alegría:

—Señor, en las plantas de V. A. deposito mi estandarte: yo he cumplido ya la voluntad de Dios y sólo pido á V. A. que me permita volver á mi aldea y á la compañía de mis ancianos padres.

—No quiero que te alejes de mi lado—contestó el rey—la campaña sigue y mi ejército te necesita; mas para recompensarte lo que te debo, desde hoy declaro noble á tu posteridad, y le doy por armas un escudo de fondo azul con dos flores de lis, una espada plateada con el puño de oro y la punta ha-

cia arriba, y en ella fija una corona también de oro; es mi voluntad además que tú y tu familia cambiéis el apellido d'Arc por el de Dulis.

Lágrimas de dolor saltaron de los ojos de Juana al oír las últimas palabras del rey.

Dulis era el apellido de la marquesa de Penthièvre, y de este modo Carlos manchaba y pisoteaba todas las proezas de su joven libertadora, recompensándolas con el apellido de su concubina.

Nada respondió, empero, á las crueles palabras del rey la generosa joven, besó sus pies y luégo fué á ocupar su sitio entre la comitiva que se dirigió al palacio real de Reims.

## XV.

Juana condujo hasta Ligni al ejército real, sometiendo seguidamente á esta ciudad, á Pens y á Melún; luégo, sabiendo que el rey de Inglaterra, avergonzado de sus derrotas había puesto sitio á Compiegne, voló al socorro de aquella ciudad, pero reforzadas considerablemente las tropas inglesas, hicieron en las suyas una terrible carnicería.

Casi sola, pues únicamente combatían á su lado unos trescientos hombres, logró separar á los enemigos de la ciudad y se la oía rogar á Dios en voz alta que llegasen las tropas reales que esperaba.

para su socorro; llegaron éstas al fin, y la heroica joven, á pesar de redoblar su furia los ingleses, les abrió calle para penetrar en la ciudad.

Ya pasaba la cuarta fila de los soldados recién llegados, cuando los que la rodeaban, muertos de fatiga y cubiertos de heridas, se lanzaron tras sus compañeros y cerraron las puertas de la ciudad llevados por el afán de salvar sus vidas.

Juana, al verse sola, desamparada y cercada por todos lados, lanzó un doloroso gemido, y aun no había espirado en sus labios el eco de su voz recibió un golpe de hacha sobre el casco que la derribó del caballo.

—¡Eres prisionera del rey de Inglaterra! —gritó á su lado una voz sonora y varonil.—¡Atrás, soldados! ¡Nadie más que yo debe tocar á esa mujer!

Juana se volvió con el rostro lleno de lágrimas; tenía una herida en la frente, de la cual manaba abundante sangre; miró suplicante al que la había hablado y reconoció á Leonelo de Vendoma, oficial del cuerpo de Juana de Luxemburgo.

Leonelo, que era humano, la levantó del suelo casi exánime y la sostuvo en sus brazos; luégo, con una voz que penetró como un dardo en el corazón de la joven, gritó:

—¡Correos extraordinarios á todas las ciudades de Inglaterra y á las que aun nos pertenecen en Francia, noticiando la prisión de Juana d'Arc! ¡Que haya en todas partes luminarias y fiestas pú-

blicas! ¡Que salgan al instante dos capitanes ingleses y seis heraldos á llevar á Enrique V tan importante mensaje, y que se cante un solemne *Te Deum* en todas las iglesias católicas de Inglaterra, y en Nuestra Señora de París!

## XVI.

Francia, la Francia hoy rica, soberbia, espléndida y opulenta, pero que hemos visto pobre, humilde y abatida en los últimos años del reinado del demente Carlos VI, no estaba mejor después del sublime sacrificio de Juana d'Arc; tenía rey, es verdad; pero si esto era una ventaja, era también la única positiva que había alcanzado.

Es cierto que la espada de la heroína había conquistado algunas ciudades, ocupadas por los ambiciosos ingleses; pero, ¿qué le importaba á aquel pueblo, esquilado por tributos, hambriento y miserable, ser maltratado por los franceses ó por los vasallos de Enrique V de Inglaterra?

Francia sufría; Francia lloraba en tanto que su rey Carlos VII se entregaba á excesos sin cuento y en tanto que se preparaba un cadalso para la desdichada hija de Santiago d'Arc.

¿Habéis visto un rebaño de hambrientos lobos cebarse en una pobre ovejuela descarriada del re-